



CAPÍTULO IV

CONCLUSIONES



UN DISCURSO DE LAS OTRAS BIENAVENTURANZAS EVANGÉLICAS: CONSECUENCIAS PASTORALES

El título que se da a este capítulo de conclusiones constituye el enunciado de la respuesta que queremos dar a la pregunta que nos hemos planteado originalmente y, por lo tanto, la demostración de la hipótesis de la que hemos partido. Ella comprende dos propósitos fundamentales. Por una parte, el propósito de preguntarnos por la posibilidad de agrupar las “otras” bienaventuranzas evangélicas en un discurso, a semejanza de lo que tenemos en los sermones del monte del evangelio de Mateo y del llano del evangelio de Lucas. Por otra parte, el propósito de señalar algunas consecuencias pastorales que se podrían derivar de este “nuevo” discurso de las “otras” bienaventuranzas para la vida de nuestras Iglesias y, en cierto sentido, para toda la humanidad.

4.1. Un discurso de bienaventuranzas a partir de las otras bienaventuranzas

Un primer balance de estas otras bienaventuranzas nos permite concluir que cuatro se encuentran en el evangelio de Mateo y nueve en el evangelio de Lucas. En lo que toca al evangelio de Mateo, a excepción del “macarismo” sobre Pedro, de la tradición propiamente mateana (Mt 16,17), las otras que contiene este evangelio las encontramos también en el evangelio de Lucas. Otras dos pertenecen a una tradición distinta, la de Juan o del cuarto evangelio. Del otro evangelio de la tradición sinóptica, el de Marcos, ya se ha dicho que en él no nos encontramos ninguna bienaventuranza. Por lo que toca a otros lugares del Nuevo Testamento, también hallamos otros macarismos, pero no son ellos propiamente el objeto de esta propuesta, pues nos hemos centrado en las bienaventuranzas que aparecen en el género literario de los evangelios.

Estas son las otras bienaventuranzas de los evangelios señalados, de acuerdo con el orden en que aparecen en dichos evangelios:

1. Mt 11,2-6// Lc 7,18-23: Bienaventurados aquellos para quienes Jesús no es ocasión de escándalo.
2. Mt 13,10-17 // Lc 10,21-24: Bienaventurados los ojos de los discípulos, que tienen el privilegio de ver lo que están viendo.
3. Mt 16,13-20: Bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación sobre la identidad del Hijo y sobre la suya propia.

4. Mt 24,42-51// Lc 12,35-48: Dichosos los siervos que estén preparados y en vela a la hora del regreso del Señor.
5. Lc 1,39-56: Bienaventurada la madre del Salvador, porque ha creído y por las grandezas que Dios ha obrado en ella (dos bienaventuranzas).
6. Lc 11,27-28: Dichoso el seno que concibió y los senos que amamantaron a Jesús; dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.
7. Lc 14,12-14: Bienaventurado quien será recompensado en la resurrección de los justos.
8. Lc 14,15-24: Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios.
9. Lc 23,26-31: Dichosas las estériles.
10. Jn 13,16-17: Dichosos quienes practiquen el ejemplo de servicio dado por Jesús.
11. Jn 20,26-29: Bienaventurados los que creen sin haber visto.

Así pues, si se tiene en cuenta que en Mateo tenemos solamente otras cuatro bienaventuranzas, mientras en Lucas su número llega a nueve, se podría decir que es Lucas, sobre todo, el evangelio de las otras bienaventuranzas, y que quizás, a la luz del número de las bienaventuranzas que en él encontramos, se podría definir a este evangelio como una gran bienaventuranza. De hecho se le ha llamado el evangelio del gozo, de la alegría y de la felicidad.

Al hacer un paralelo entre las bienaventuranzas de los sermones del monte y del llano y las otras bienaventuranzas que acabamos de enumerar, se pueden precisar algunas cosas (Stock, 1990, p. 19-20):

- Que un elenco de bienaventuranzas, en el sentido de un sermón, solo aparece en el sermón de la montaña y en el del llano, pues en el resto del evangelio solo encontramos bienaventuranzas particulares o aisladas.
- También que, junto a las bienaventuranzas generales, en los evangelios hay otras referidas a personas particulares, como a Pedro y a María.
- Que, junto a los “macarismos” de estructura tripartita, encontramos en los evangelios y en el resto del Nuevo Testamento, bienaventuranzas bipartitas:

“macarismo” y condición (Mt 11,6; Lc 1,45; Jn 20,29) o “macarismo” y razón (Mt 13,16; 16,17).

- Que, además de los “macarismos” que tienen una motivación claramente escatológica (Mt 5,3-12; 24,46), hay otros referidos al tiempo presente y más generales (Mt 11,6; 13,16; 16,17; Lc 1,45; Jn 20,29).
- Que la bienaventuranza referida a Pedro (Mt 16,13-20) solo la encontramos en la tradición de Mateo, mientras las otras tres de dicho evangelio tienen su paralelo en Lucas. Por su parte, de las nueve reseñadas en Lucas, tres de ellas cuentan con paralelo en Mateo, resultando seis de tradición lucana, es decir, el evangelio de Lucas es el que muestra más frecuencia en el uso de esta terminología de bienaventuranza, lo que ayuda a definirlo como el evangelio del gozo.
- Que en el evangelio de Marcos hay ausencia de bienaventuranzas encunto tales, fenómeno explicado en parte quizás por el desconocimiento que tiene este evangelista de la fuente Q.

Hablar de bienaventuranza es hablar de gozo. Jesús verdaderamente anuncia la plenitud del gozo. No se trata de algo fácil de conseguir, o que se adquiera de manera automática; hay que trabajar para este fin. Por eso no se trata de simples invitaciones que podamos tomar o dejar, sin ninguna incidencia. Si queremos alcanzar el gozo ofrecido en el nuevo Reino que ha instaurado Jesús, debemos esforzarnos por asumir un estilo de vida diferente, un nuevo comportamiento, o mejor, una nueva opción de vivir la existencia, que requiere nuestro empeño permanente; de ahí que en cada una de las bienaventuranzas Jesús indique las condiciones, enseñe el camino, la preparación necesaria por parte del hombre para acceder a esta situación. Pero también, para no olvidar que no basta este empeño humano en la consecución de la felicidad, y para animar a alcanzarla, cada bienaventuranza revela las acciones divinas que son la causa de este gozo. Es la salvación que nos ofrece Jesús y la reafirmación de su tarea: anunciar el gozo pleno y completo (Stock, 1997, pp. 24-25).

En estas otras bienaventuranzas también encontramos “evangelio”, anuncio de salvación; estas afirmaciones también son buena noticia. En ellas se nos muestran actitudes y caminos que debemos seguir para alcanzar la plenitud del gozo anunciado por Jesús.

Ahora, al profundizar en cada una de las otras bienaventuranzas de los evangelios y comparándolas con la lista de las bienaventuranzas tradicionales, se

diría, sin ser excluyente y sin llevar, claro está, esta afirmación al extremo, que aquí encontramos una orientación más espiritual que social. Efectivamente, aunque el sermón clásico trae “macarismos” de orientación espiritual como los *puros de corazón* y los *humildes*, en general ellas implican una subversión de los valores sociales y una opción trae consigo el proyecto de Cristo por la justicia, la paz y el derecho y un llamado a la construcción de unas estructuras sociales distintas a las del orden establecido.

De modo que, en cuanto a las *otras bienaventuranzas*, sin excluir su componente de compromiso social por el pobre, por la justicia y por la construcción de una nueva sociedad, que aparece claramente en la actitud de servicio que debe tener el discípulo del Maestro, se encuentra mucho más una tendencia a aspectos más espirituales, tales como creer, escuchar la palabra de Dios, ser testigos del cumplimiento de las promesas del Padre en Jesús, estar vigilantes, etc.

Aquí cabría preguntarse si cada uno de los dichos que forman el actual sermón debienaventuranzas, tanto en Mateo como en Lucas, fue recogido de la tradición de manera independiente y organizados en la lista según una intencionalidad social (y religiosa), en tanto que los dichos de las *otras bienaventuranzas*, que sin duda también circulaban en la tradición, fueron dejados por fuera de este discurso por su marcado interés más espiritual.

Por lo que hemos podido notar, las otras bienaventuranzas tienen una connotación o consideración cristológica, y a eso debe apuntar nuestro acercamiento a ellas, pues al leer estos textos lo que buscamos, en definitiva, es encontrarnos con Jesús, asomarnos a su espíritu, dejarnos seducir por su doctrina y permitirle que transforme nuestra vida en la aceptación de la oferta de la salvación. En el presente trabajo se ha comprobado este énfasis tan marcadamente espiritual de las otras bienaventuranzas, en contraposición con las tradicionales.

Visibilizar este grupo de otras bienaventuranzas y señalar esta característica ha sido uno de los objetivos de este trabajo. En este sentido, se puede intentar hacerlas visibles. Teniendo en cuenta que, como se dijo arriba, Lucas es el evangelista de las otras bienaventuranzas, se puede hacer un elenco iniciando por las bienaventuranzas de Lucas, continuando con Mateo y, finalmente terminando con las que presenta el cuarto evangelio. Esto ayudará a ir organizando, con una cierta lógica en la cronología de los evangelios, un esquema o nuevo sermón que pueda hacer visible estas otras bienaventuranzas, y ayude a ver con mayor claridad cuál podría ser el énfasis del mensaje que se nos quiere entregar.

Se dejan por fuera en este intento las dos bienaventuranzas iniciales de Lucas por ser pronunciadas, según este evangelio, una por Isabel (“Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor”: Lc 1,45), y la otra dicha por María (“He aquí, desde ahora en adelante todas las generaciones me tendrán por bienaventurada”: Lc 1,48). Se omite también Lc 14,15, bienaventuranza no atribuida a Jesús, sino a un comensal, cuando uno de los que estaban sentados con el Maestro a la mesa dijo: “¡Bienaventurado el que pueda comer pan en el reino de Dios!”. Por el contrario, se pone la atención en las otras bienaventuranzas atribuidas a Jesús, reseñando solo los versículos que las contienen.

1. Lc 7,23; Mt 11,6: καὶ μακάριός ἐστιν ὃς ἐὰν μὴ σκανδαλισθῆ ἐν ἐμοί. (Y bienaventurado es el que no se escandaliza de mí). La declaración dice que es bienaventurado quien no se escandaliza de Jesús y le reconoce como el esperado, el mesías del Señor.
2. Lc 10,23// Mt 13,16: Καὶ στραφεὶς πρὸς τοὺς μαθητὰς κατ’ ἰδίαν εἶπεν· μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ οἱ βλέποντες ἃ βλέπετε. (Y volviéndose hacia los discípulos, les dijo aparte: Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven). En el texto de Mateo hay una variación, pues se añade el oír: ὑμῶν δὲ μακάριοι οἱ ὀφθαλμοὶ ὅτι βλέπουσιν καὶ τὰ ὠτα ὑμῶν ὅτι ἀκούουσιν... (Pero dichosos sus ojos, porque ven, y sus oídos, porque oyen) [13,16]. Esto es, bienaventurados ustedes, a quienes se les revela los misterios del reino, si viendo y oyendo al mesías, como lo desearon muchos profetas y justos, entienden y se convierten, para que yo los sane.
3. Lc 11,28: μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες (Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan). Hace relación a la dicha que le espera al discípulo si acoge la enseñanza y, en general, la palabra que el Maestro le da, y la ponen como norma de vida, pues es la misma palabra de Dios, con poder para sanar, transformar y dar vida.
4. Lc 12,37.38.43; Mt 24,46: Μακάριοι οἱ δοῦλοι ἐκεῖνοι, οὓς ἐλθὼν ὁ κύριος εὕρησει γρηγοροῦντας· (Dichosos aquellos siervos a quienes, cuando su señor venga, los encuentre velando). Es la llamada que hace Jesús a vivir en la vigilancia, saliendo de la indiferencia, la pasividad o el desentendimiento con que generalmente se vive la fe. Es el gozo que le espera a quien vive responsablemente el proyecto propuesto por Jesús.
5. Lc 14,14: Μακάριος ἔσῃ, ὅτι οὐκ ἔχουσιν ἀνταποδοῦναί σοι, ἀνταποδοθήσεται γάρ σοι ἐν τῇ ἀναστάσει τῶν δικαίων (Serás bienaventurado, ya que ellos no tienen para recompensarte; pues tú serás

recompensado en la resurrección de los justos). Hacer el bien sin esperar que los beneficiarios de él nos correspondan o nos paguen con algo que sea contracambio, pues las buenas acciones las pagará Dios. Es el gozo eterno que le espera al que obra bien.

6. Lc 23,29: ὅτι ἰδοὺ ἔρχονται ἡμέραι ἐν αἷς ἐροῦσιν μακάριαι αἱ στῆραι καὶ αἱ κοιλίαι αἱ οὐκ ἐγέννησαν καὶ μαστοὶ οἱ οὐκ ἔθρεψαν (Porque he aquí, vienen días en que dirán: “Dichosas las estériles, y los vientres que nunca concibieron, y los senos que nunca criaron”). Ante la presencia de situaciones dolorosas y catastróficas para el mundo, la felicidad estaría en no tener que presenciar el sufrimiento de sus hijos. También, ante la división y las contiendas familiares, será dichoso quien no tiene que afrontar el rechazo del fruto de sus entrañas.
7. Mt 16,17: Μακάριος εἶ, Σίμων Βαριωνᾶ, ὅτι σὰρξ καὶ αἷμα οὐκ ἀπεκάλυψέν σοι ἀλλ’ ὁ πατήρ μου ὁ ἐν τοῖς οὐρανοῖς (“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”). Bienaventurado Pedro, que ha recibido del Padre la revelación sobre la identidad del Hijo de Dios, del Mesías; y de paso, también Pedro es bienaventurado por haber recibido del mismo Jesús el descubrimiento de su propia identidad.
8. Jn 13,17: εἰ ταῦτα οἴδατε, μακάριοί ἐστε ἐὰν ποιῆτε αὐτά (“Si saben esto, serán felices si lo practican”). Dichosos quienes practiquen entre sus hermanos el ejemplo de entrega y servicio dado por Jesús.
9. Jn 20,29 λέγει αὐτῷ ὁ Ἰησοῦς· ὅτι ἐώρακάς με πεπίστευκας; μακάριοι οἱ μὴ ἰδόντες καὶ πιστεύσαντες. (“Jesús le dijo : ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que no vieron, y sin embargo creyeron”). Bienaventurados los que, ateniéndose al testimonio de los testigos, sin necesidad de pruebas ni de haber visto, creen en Jesús resucitado.

Se puede pasar ahora a hacer lo que habría hecho el autor del discurso de las bienaventuranzas tradicionales, al recoger las singulares bienaventuranzas y unir las en el sermón. Se pueden unir estas nueve declaraciones de felicidad en un hipotético discurso de Jesús para, también con este, adotar sobre la realidad del Reino que Él ha venido a anunciar. El resultado nos puede sorprender y, ¿por qué no? darnos luces nuevas para seguir profundizando en el insondable mensaje de los evangelios:

Se pueden disponer por separado las sentencias individuales y luego unirlos. Para esto, en algunos casos se puederrecurrir a una paráfrasis o acomodar a ella el texto para darle un mejor sentido:

Se dirigió primero a Simón y le dijo: Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi identidad, lo que en realidad soy yo, no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (cf. Mt 16,17).

Luego dijo a todos: Dichosos sus ojos, porque ven lo que ven, y sus oídos, porque oyen lo que oyen, porque muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron (Lc 10,23-24// Mt 13,16-17).

Y fijándose en Tomás continuó diciendo: Sin embargo, la felicidad no es solo para ustedes, sino para todos aquellos que no necesitarán ver mis signos para creer en mí, “dichosos los que creen sin haber visto” (Jn 20,29).

Continuó, mirando alrededor de todos: “Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11,28), poniéndola como horizonte y norma de vida.

Dichosos los que hacen el bien sin esperar nada del mundo a contracambio, pues *serán recompensados en la resurrección de los justos* (cf. Lc 14,14).

Dichosos quienes practiquen entre sus hermanos el ejemplo de entrega y servicio que les he dado, ya conocen lo que he hecho, “si saben esto, serán felices si lo practican” (Jn 13,17).

Así también, “Dichoso quien no se escandaliza de mí” (Lc 7,23; Mt 11,6) y me reconoce como el esperado, el mesías del Señor.

Dichosos aquellos siervos a quienes, cuando yo vuelva, los encuentre vigilantes viviendo como les he enseñado y cumpliendo lo que les he mandado (cf. Lc 12,37.38.43; Mt 24,46), porque podrán participar del banquete celestial (cf. Lc 14,15).

Ahora, sintetizando un poco más el discurso y ubicándolo en un contexto pascual, en el que surgieron los evangelios:

Después de haber resucitado, cuando los Once ya habían experimentado algunas apariciones de Jesús, se reunió Él con sus discípulos y les dio otras



instrucciones para que comprendieran mejor la realidad de su seguimiento y para aclararles en qué sentido su Reino no es de este mundo. Les dijo:

Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi Padre te ha revelado que soy su Hijo, el Mesías esperado (cf. Mt 16,17); dichoso, igualmente, quien no se escandaliza de mí y me reconoce como el mesías del Señor (cf. Lc 7,23; Mt 11,6); dichosos ustedes porque ven y porque oyen lo que muchos profetas y justos desearon ver y oír y no vieron ni oyeron (cf. Lc 10,23-24// Mt 13,16-17); dichosos los que oyen la palabra de Dios y la viven como norma de vida (cf. Lc 11,28); dichosos los que hacen el bien sin esperar nada a cambio (cf. Lc 14,14); dichosos los que creen en mí sin haberme visto (cf. Jn 20,29); dichosos quienes sigan mi ejemplo de entrega y servicio a los hermanos (cf. Jn 13,17); dichosos aquellos a quienes, a mi regreso, encuentre vigilantes cumpliendo lo que les he mandado (cf. Lc 12,37.38.43; Mt 24,46). Dichosos si hacen esto, porque tendrán su recompensa en el cielo y podrán participar del banquete celestial (cf. Lc 14,15), preparado para los justos.

Ahora bien, “liberando” este discurso de las referencias evangélicas, para poderlo apreciar más fácilmente, tenemos:

Jesús dijo a sus apóstoles:

Dichoso eres, Simón, hijo de Jonás, porque mi Padre te ha revelado que soy su Hijo, el Mesías esperado; dichoso, igualmente, quien no se escandaliza de mí y me reconoce como el mesías del Señor; dichosos ustedes porque ven y porque oyen lo que muchos profetas y justos desearon ver y oír y no vieron ni oyeron; dichosos los que oyen la palabra de Dios y la viven como norma de vida; dichosos los que hacen el bien sin esperar nada a cambio; dichosos los que creen en mí sin haberme visto; dichosos quienes sigan mi ejemplo de entrega y servicio a los hermanos; dichosos aquellos a quienes, a mi regreso, encuentre vigilantes cumpliendo lo que les he mandado. Dichosos si hacen esto, porque tendrán su recompensa en el cielo y podrán participar del banquete celestial, preparado para los justos.

Salta a la vista que el resultado es otra lista de bienaventuranzas diseminadas en los evangelios, y que se han agrupado en un hipotético discurso, distinto al tradicional. La diferencia no estriba solo en la falta de estructura tripartita de estas bienaventuranzas, sino también en el número de ellas y, ante todo, en el contenido. Es esto precisamente lo que se quiere hacer notar: esta lista, cuyo orden ha sido más

bien el producto de buscar una cierta lógica en el discurso, pero que pudiera hacerse de múltiples maneras, hace posible ver una concentración de mensaje y enseñanza espiritual, más que social, aunque no la omite, por supuesto. Es decir, la atención aquí no está puesta tanto en los pobres, la justicia, la paz, las persecuciones... como lo hace el discurso del sermón del Monte o el de la Llanura, sino que la enseñanza se concentra en el reconocimiento de Jesús como el Mesías, en el hecho de creer en su doctrina, de acoger la palabra de Dios y practicarla, de no escandalizarse por Él, de hacer el bien sin esperar nada. Acoger esta propuesta, por supuesto, transforma las relaciones sociales y ayuda a vivir una verdadera fraternidad, lo que es, sin duda, un componente social, pero como resultado de acoger este nuevo modo de ser en el mundo, este nuevo modo de buscar la felicidad.

Por tanto, y esa es la tesis a la que se quería llegar, las dos listas tradicionales de bienaventuranzas que tienen Mateo y Lucas fueron el resultado de una selección intencionada de dichos y/o bienaventuranzas que ya circulaban en la tradición cristiana y que servían para apoyar un mensaje de tinte más social, y para animar a los cristianos en la adopción de un nuevo estilo de vida paradójico, en el que seguir a Jesús cambiaría los criterios de valoración y los parámetros de felicidad de la humanidad, en cuanto ya no es el tener riquezas, poder, fama, aceptación o reconocimiento lo que hace feliz al creyente, sino el luchar por una sociedad en la que se viva la paz, la justicia, la misericordia, la mansedumbre, entre otros valores. Es el énfasis o la opción por lo social lo que llevaría a esta selección, aunque no excluyente del elemento espiritual, que está sobradamente presente en estos discursos.

En este sentido, en las otras bienaventuranzas, sin perder su componente de compromiso social por la transformación de las estructuras para que posibiliten una convivencia más digna y humana, se podría ver una opción especial por lo que se denomina aquí el aspecto espiritual. Quien viva de acuerdo con esta propuesta podrá disfrutar de la gran bienaventuranza, ya intuida por un comensal que escuchaba a Jesús: la de participar del banquete celestial, “comer en el Reino de Dios” (Lc 14,15), que es hacia donde se dirige nuestra voluntad y nuestro actuar, como verdaderos discípulos, como se dijo en la introducción. Ahí también se afirmó: el mundo actualmente se debate en luchas fratricidas y la brecha entre estados, clases y personas, en relación con los bienes materiales, a los bienes culturales y a los mínimos indispensables para vivir dignamente, es cada vez mayor. Son muchas las personas que carecen casi de todo y son muy pocos los que lo tienen todo y de sobra. Después de 2000 años de cultura cristiana y de conocimientos del evangelio todo esto sigue sucediendo y nos obliga a interrogarnos sobre la realidad de nuestra fe y sobre su compromiso e incidencia en el mundo.

4.2. La importancia pastoral y espiritual de la propuesta de un nuevo discurso de bienaventuranzas para nuestra Iglesia en Latinoamérica

Hoy más que nunca el ser humano busca con ansia caminos de felicidad: en la superación del dolor (lucha contra las enfermedades), en la superación de las diferencias entre los hombres (establecimiento de los derechos humanos), en una fraternidad universal... Se ve, no obstante, desgarrado por la dura realidad que palpa cada uno de los humanos en su vivir cotidiano: enfermedad, lucha fratricida, opresión..., las mil caras funestas que testimonian un deseo no cumplido son aún el patrimonio de la humanidad (Brändle, 1983, p. 217).

Por eso, quien quiera actuar desde la óptica de la fe e iluminado por la Palabra de Dios, para dar respuesta a tantas situaciones generalizadas de “desdicha” sufridas por nuestro continente, y de las que no pocas veces son culpables hombres y mujeres llamados creyentes, debe asumir el reto de convertirse en testigo de la esperanza..., reflexionar y leer la historia a la luz de la palabra de Dios. Al profundizar en las claves de la historia se reconoce un tipo de esperanza diferente: una esperanza que no está centrada en nosotros mismos, que se centra en el hecho de la resurrección y en la fuerza que es capaz de hacer nuevas todas las cosas (Conferencia Episcopal de Colombia, LXXIX Asamblea Plenaria Ordinaria del Episcopado, Bogotá, 4-8 de julio de 2005, No. 243).

Precisamente, por ese deseo de ser gestores de esperanza y abrir al mundo a verdaderos caminos de felicidad, nos atrevemos a releer no solo la historia a la luz de la Palabra de Dios, sino también la Palabra de Dios a la luz de nuestra historia, para que esa Palabra llegue a ser inspiradora de vida y felicidad.

En este cometido nos ayudan mucho los teólogos, de manera especial los bíblicos y pastoralistas. Ellos se han preocupado por hacer teología, y en ese quehacer buscan que la Palabra de Dios realmente ilumine las actuales situaciones de los hombres y mujeres que, poniendo su esperanza en el Señor, quieren hallar respuesta a sus inquietudes más íntimas y alcanzar la felicidad, libre de todas las situaciones que les oprimen y les impiden traslucir su dignidad de hijos de Dios.

El continente americano ha recibido el Evangelio de Jesús gracias a la evangelización realizada por quienes se aventuraron a descubrir el nuevo mundo. En lo que se refiere a América Latina y el Caribe, llevamos más de medio milenio recibiendo y sembrando la fe. Se puede decir que se ha sembrado el Evangelio en nuestro continente, pero que no ha florecido ni fructificado suficientemente como para que sea una realidad el Reino de Dios en nuestro mundo. Hemos recibido el Evangelio, pero poco hemos asumido el Evangelio y, por tanto, muy poco incide en

nuestro *modus vivendi*, en nuestro actuar cotidiano, como si el comportamiento ético desconociera la Palabra de Dios y los compromisos de la fe.

En cambio en Jesús no hay dicotomías, su actuar proviene de su intimidad con el Padre y de su experiencia con Él. Para saber quién es Jesús, basta que dirijamos la mirada a su praxis en bien de la felicidad de las personas:

Buscando y realizando siempre la voluntad de Dios, guiado por el Espíritu, el Hijo del Hombre, a partir de su propia práctica vital, conforma su cotidiano lleno de hechos de afecto para todas las personas y en especial para las más pobres. De esta manera, el Señor encarnado, comunica caridad, la caridad que supera todo egoísmo y pecado, causa última de los males e injusticias que nos aquejan y que anhelamos superar. De esta forma, Jesús nos dona la verdadera plenitud de vida que tanto deseamos... Jesús comunica la realización plena ansiada por el hombre, generando el tipo de existencia que estamos llamados a asumir según la teología latinoamericana, el cual conforma nuestro seguimiento del Mesías. Seguimiento que es una vivencia de fe de la cual surge un comportamiento; o sea, una experiencia moral. Por esto, desde esta teología afirmamos que la ética es el seguimiento de Jesús (Novoa, 2001, p. 59-60).

La Iglesia sabe que debe dirigir su mirada a los hombres y mujeres de todos los tiempos para responder, desde la fe, a sus inquietudes. A eso apunta la reflexión de la Iglesia latinoamericana, de manera especial en los últimos 60 años. Los énfasis marcados en las diversas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, desde Río de Janeiro hasta Aparecida⁹³, son muestra de la voluntad de la Iglesia en esta parte del mundo por ser fiel a Jesús y encarnar su mensaje en nuestros pueblos, sumidos todavía en la pobreza, en el odio, en la violencia, en el hambre, en las desigualdades sociales, en la falta de oportunidades para los más pobres, por citar algunas de nuestras características.

El nuestro es un continente profundamente cristiano, pero muy poco comprometido realmente con una ética cristiana, con una praxis evangélica. Los hombres y mujeres de América Latina y el Caribe, seguimos aferrados a Jesús y a su evangelio, pero muchas veces más como un paliativo a la infelicidad que nos proporciona la crisis social, económica, moral y humana de nuestros países, que al deseo de dejarnos transformar por una Palabra que no solo nos promete, sino que nos asegura la felicidad real, verdadera, definitiva, y desde ahora hasta la eternidad.

93 Puede confrontarse un breve recorrido por las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano en el artículo de Jesús Espeja, *El discipulado en la teología latinoamericana*, en Medellín, Vol. XXXII (125), 61-98.

Así pues, en la Conferencia de Medellín, en 1968, el episcopado se comprometió a no separar la tarea evangelizadora de la denuncia de las injusticias sociales. Y desde allí no ha parado en este cometido, con grandes sacrificios, inclusive derramando sangre, pero también con grandes compromisos y frutos de comunión, que podríamos llamar de salvación para muchos pueblos. Medellín invitaba a “inspirar, alentar y urgir un nuevo orden de justicia”, y durante la década de los 70 se elabora la cristología y, en general, una teología “desde América Latina”, enfatizando la praxis de Jesús y su apasionamiento por anunciar e instaurar el Reino de Dios en el mundo y su opción por los pobres e indefensos. Es el momento de teólogos latinoamericanos como G. Gutiérrez, L. Boff, J. Sobrino, S. Galilea, P. Richard, Ignacio Ellacuría, entre otros muchos, quienes invitaban a vivir la fe desde el compromiso decidido por los pobres. No faltaron dificultades y tensiones en esta lectura de la realidad y, su consiguiente aplicación de la Palabra de Dios como fuerza transformadora de la misma.

No obstante, ha sido importante en este período la fuerza de la denuncia profética de los cristianos contra quienes impiden la felicidad a los hijos de Dios; pero, antes y al mismo tiempo que la Iglesia denuncia con la palabra, tiene que ser anuncio mediante la propia vida. Hay en los evangelios dos versiones de las Bienaventuranzas y las dos responden al mensaje auténtico de Jesús. Según el evangelista Lucas, Dios interviene ya, llega el reino, acaba con la pobreza y con el sufrimiento. Y el evangelista Mateo pone una condición: el reino llega en los “pobres de espíritu”; en los que, movidos por el Espíritu de Jesucristo, se disponen a compartir con los demás cuanto son y cuanto tienen (Espeja, 2006, p. 93-94).

En este contexto se prepara la Iglesia latinoamericana y del caribe y llega a la Conferencia de Puebla, en 1979, en donde el Beato Juan Pablo II recuerda a los Pastores que su “deber principal es el de ser Maestros de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la Verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre” (Juan Pablo II, 1979, p. 16). Vivir en la Verdad es vivir en la felicidad, porque la Verdad es Cristo Jesús. De ahí la necesidad de anunciar el misterio de la Encarnación del Verbo, que es el anuncio de nuestro Dios que quiere la plenitud de vida para todos, que quiere que seamos felices. Tenemos que evitar, por tanto, desviarnos de su mensaje, para lo cual el Papa llamaba a la Iglesia latinoamericana a fundar su liberación en el anuncio de “la verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo” (Juan Pablo II, 1979, p. 17-23), elementos que encontramos desarrollados en el Documento final de esta Conferencia⁹⁴, con la

94 Encontramos estos elementos en el Documento de Puebla así: La verdad sobre Jesucristo el Salvador que anunciamos: nn. 170-219; la verdad sobre la Iglesia, el Pueblo de Dios, signo y servicio de comunión: nn. 220-303; la verdad sobre el

seguridad y la esperanza de que viviendo en esas verdades seremos fieles al mensaje de Jesús en nuestro contexto de dolor e infelicidad y podremos dar grandes pasos en la instauración del Reino.

En la Conferencia de Santo Domingo, en 1992, la Iglesia situada de frente a la realidad, marcada aún por la infelicidad que proviene del pecado, entiende que “las urgencias de la hora presente en América Latina y el Caribe reclaman: Que todos los laicos sean protagonistas de la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana” (Santo Domingo, 1992, p. 97). Se habla del tiempo de los laicos, no como simples destinatarios o espectadores, sino como protagonistas de la evangelización, quienes deben vivir y anunciar a Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Hb 13,8).

En esta ocasión, la voz del Papa Juan Pablo II, en su Discurso Inaugural, recordando a Pablo VI, afirmaba “que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que, mediante su palabra (la de Cristo), conforta nuestra debilidad” (Santo Domingo, 1992, p. 97). Por esto el Beato pedía fidelidad al Espíritu de Cristo y vivir según su estilo, lo cual exige, de fieles y pastores, una profunda conversión; se trata de acoger y asumir en la experiencia personal y comunitaria la conducta del Maestro: Su “intimidad con Dios, apasionamiento por la llegada del reino y compromiso por levantar a los desvalidos” (Espeja, 2006, p. 79-80).

Pero la historia continúa, el mundo sigue caminando en medio de avances y retrocesos en lo que tiene que ver con el compromiso de fe. Las nuevas situaciones van marcando nuevos retos; pero el hombre es el mismo y sus angustias siguen pidiendo respuestas, no solo por parte de los Estados, sino también desde la Iglesia, desde la fe, la cual es una propuesta para conseguir la plenitud de la felicidad. De modo que en el cumplimiento de su tarea, en Aparecida, Brasil, en 2007, se tiene la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, avanzando en el camino de la Iglesia por acoger y aplicar el Evangelio y hacer vivir en el espíritu del Concilio Vaticano II. Aparecida “da continuidad y, a la vez, recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos, que se expresó oportunamente en las anteriores Conferencias Generales del Episcopado”⁹⁵.

La idea que recorre la reflexión de Aparecida es bien concreta y comprometedor para toda la Iglesia, la cual es “llamada a hacer de todos sus

hombre: la dignidad humana: nn. 304-339.

95 Documento conclusivo para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, ó, Documento conclusivo Aparecida, 9. En adelante citado DA.

miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él⁹⁶, para que tengan vida, vale decir, para que sean plenamente felices. Así, el propósito de esta V Conferencia es darse a “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”⁹⁷. Es consciente la Iglesia latinoamericana de que se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias, caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de variadas ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos⁹⁸.

Esa sed de Dios puede equipararse a la sed de realización y a las ansias de felicidad, por la que se lucha, y se busca alcanzar, muchas veces sin importar de dónde provenga el precio a pagar o la precariedad de la misma.

En ese sentido, y como respuesta a las circunstancias actuales del mundo, la Iglesia no puede llenarse de pesimismo, ni “replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables”⁹⁹, sino que, animada por el Espíritu y a la luz de la Palabra de Dios, “está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión”¹⁰⁰. No podemos claudicar en la búsqueda del bien, ni podemos apagar las ansias de felicidad que acompaña nuestro quehacer.

Lo lógico sería, entonces, que en este contexto, la Iglesia partiera del deseo de felicidad de las personas y los pueblos; sin embargo, “para los obispos, el punto de partida de la acción de la Iglesia son las condiciones de vida de los millones y millones de abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y dolor. Esta situación contradice el proyecto del Padre” (Agenor Brighenti, 2008, p. 75; cf. DA 358), que quiere nuestra salvación, nuestra felicidad. Notemos que no ponen como punto de arranque la sed de felicidad, pero sí, lo que es lo mismo, responder a la falta de la misma, o sea a una situación de infelicidad generalizada.

De entre los principales ejes temáticos¹⁰¹ que encontramos en *Aparecida* destaco el tema de la vida en abundancia que nos trajo Jesús con la instauración

96 DA n. 1, cf. nn. 384.389.

97 Benedicto XVI, Discurso Inaugural de la V Conferencia, *Aparecida*, n. 1, en DA 10.

98 DA n. 10.

99 DA n.11.

100 DA n.11.

101 cf. Agenor Brighenti, *Para entender el Documento de Aparecida*, San Pablo, Bogotá 2008, p. 64-66.

de su reino en la historia. La vida “compone el núcleo del tema y del texto del Documento de Aparecida” (Agenor Brighenti, 2008, p. 64), y son muchos los numerales dedicados a hablar de la vida, desde varios aspectos, pasando por la vida digna, el sentido de la vida, el respeto a la vida, la vida nueva, incluso se habla de “la buena nueva de la vida”¹⁰². Hacer relieve en este tema es importante para la aplicación de la vivencia de las bienaventuranzas, puesto que ellas son una apuesta por la vida, y no por cualquier tipo de vida, sino por la que se vive en plenitud y en gozo por la presencia de los valores del reino.

Del mismo modo, el Documento de Aparecida, en el número 226, nos propone recorrer un itinerario en cuatro etapas, o “reforzar en nuestra Iglesia cuatro ejes”: La experiencia personal de fe, la vivencia comunitaria, la formación bíblico-doctrinal y el compromiso misionero de toda la comunidad¹⁰³. En estos ejes veo claramente identificado el llamado de la Iglesia latinoamericana a vivir en el espíritu de las bienaventuranzas, y, de manera especial nos podemos apoyar en las otras bienaventuranzas que hemos venido tratando.

Por ejemplo, si el primer eje pide una experiencia personal de fe, profunda e intensa con el consiguiente encuentro personal con Jesucristo, tenemos el ejemplo en la *feliz porque creyó* (Lc 1,45), pues nadie mejor que María tuvo esta grandiosa experiencia, y su encuentro e intimidad con su Hijo fue total y permanente. Si queremos tener vida en abundancia, si queremos acoger el don que Dios nos ofrece debemos renovar nuestra fe, de modo que sea, no solo el conocimiento de verdades y la aceptación de doctrinas, sino, ante todo, la adhesión a Aquel que nos promete y nos da vida en abundancia. Esto nos hará dichosos.

En cuanto a la vivencia comunitaria de la fe y la celebración de la misma, no estamos lejos, aunque parezca un poco forzado el texto, de la bienaventuranza dirigida a quien invita a su banquete a pobres, mancos, cojos, ciegos, ya que ellos no tienen para recompensarle en el presente, pero le espera una gran recompensa en la resurrección de los justos (Lc 14,13-15). Estamos hablando, por ejemplo, de la inclusión, de una comunidad abierta a todos los hombres y mujeres, a quienes invita a participar de los dones de la gracia, sin ninguna discriminación y sin esperar contracambios. La comunidad de los creyentes sabe que todo le viene por gratuidad y que nadie puede llamarse digno; por tanto, si la Iglesia no quiere ser excluida de la presencia del Padre, en el presente y futuro, debe acoger a todos, sin excluir a nadie en el presente y formar así comunidad de fe, en donde se acoja la propuesta

102 Cf. DA 106-113; para los demás aspectos del tema sobre la vida cf. por ejemplos los nn. 33, 35, 52, 58, 66, 71, 112, 125, 143, 220, 250, 281, 358 y muchos más.

103 Cf. Agenor Brighenti, *Pedagogía y método para una recepción creativa de Aparecida*, en *La Misión en Cuestión. Aportes a la luz de Aparecida*. Amerindia, San Pablo, Bogotá 2009, p. 237-239.

cristiana, ya que “señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas”¹⁰⁴.

La praxis cristiana se apoyará en este hecho simbólico. El Reino se abre a todos. En la mesa del Padre encontramos pobres, tullidos, ciegos, cojos, hombres de toda condición, que se sientan a participar en el banquete por pura gracia, sin título alguno. Entre los creyentes se ha de huir de círculos cerrados, donde los comensales acudan invitados por su ascendencia frente al anfitrión: parientes, amigos, vecinos ricos. Una praxis así destruiría la gratuidad que comporta el seguimiento de Jesús y la realización en la vida de su mensaje. La llegada del Reino exige total donación, sin esperar recompensa alguna que no sea la de la dicha de saber que actuando así se abre paso a la verdadera recompensa, la que será recibida en la vida de los justos ya resucitados como consumación de una praxis de amor y de entrega. Por eso son proclamados dichosos los que obran conforme a esta praxis (Lc 14,14) (Brändle, 1983, p. 210-211).

Por lo que tiene que ver con la formación bíblico-doctrinal, tenemos que referirnos a Lc 11,28, pasaje que proclama “dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan”, pues es claro que el discípulo puede transmitir la palabra y consolar de parte de Dios porque él mismo escucha cada mañana y tiene abierto el oído. Es decir, está siempre en comunión con el Dios que le habla amorosamente y le envía. Para sostener al que está cansado y devolver esperanza al que está abatido, tendrá que ser instruido por Dios (Lucchetti de Bingemer, 2009, p. 165).

El oír la Palabra de Dios con seriedad, estudiarla, contemplarla y vivirla es condición necesaria para que transformemos las situaciones de no-vida a situaciones de vida, según el plan de Dios.

Pero también podemos referirnos, en este eje, a la bienaventuranza dirigida a los discípulos que tienen el privilegio de ver lo que están viendo y oír lo que están oyendo (cf. Mt 13,16-17 // Lc 10,23-24) ante la presencia de Jesús, en quien se realizan las expectativas del Antiguo Testamento, pues en esos discípulos estamos incluidos nosotros, quienes seremos sujetos de una vida en abundancia, de una vida en plenitud en la medida en que seamos capaces de afinar nuestros sentidos espirituales para ver y oír al Maestro, a quien le conocemos mediante la escucha de su Palabra y la catequesis permanente recibida en la comunidad eclesial.

104 DA n. 383.

El último eje tiene que ver con el compromiso misionero de toda la Iglesia. Aquí cabría relacionar la narración que el cuarto evangelio hace sobre la aparición de Jesús a los apóstoles, antes de estar Tomás, y después con el apóstol reunido en el grupo de los Once (Jn 20,19-29). En primera instancia, veo misión en la noticia que cuentan los apóstoles a Tomás sobre la presencia viva de Jesús y luego, con mayor razón, hay misión en el anuncio que tendrán que hacer los discípulos para que muchos crean sin haber visto y sean sujetos de la bienaventuranza que nos deja este episodio:

En Juan se proclama dichosos a todos aquellos que han asumido en fe todo lo que los testigos han transmitido. Lo que han visto y oído, lo han transmitido, creando una comunión de vida que tiene su origen en el Padre (1Jn 1,3). Los apóstoles vieron, y así alcanzaron la fe (Jn 20,29), otros creerán también por su testimonio sin haber visto, y estos serán dichosos (Jn 20,29). En Juan el “macarismo” se entiende y expresa en la misma clave en que se escribe el evangelio, la Revelación. Testimonio y fe son las actitudes humanas que responden a esa iniciativa divina; nada extraño, pues, que se proclame dichosos tanto a los que habiendo oído dan testimonio en sus vidas, como aquellos que en fe acogen este testimonio, y todo porque en el fondo está la última y definitiva Revelación de Dios en su Palabra (Brändle, 1983, p. 216).

Para que el mundo tenga vida en abundancia, para que se conozca y acoja la vida que nos trajo Jesús, para que la humanidad alcance a experimentar la bienaventuranza por creer en Jesús sin haberlo visto personalmente, es necesario que nos comprometamos a contarlo, a llevarlo a todos los ambientes; es necesario que asumamos con seriedad el ser discípulos misioneros, acogiendo la bienaventuranza como don, pero asumiendo también las consecuencias y los compromisos que exige:

El acoger la palabra de Jesús, seguir en pos de él, requiere haber superado el escándalo primero ante la conversión tan radical que para acoger el Reino Jesús proclama (Mc 1,14). Así, consciente de ello, ha proclamado también dichosos a aquéllos que no se escandalizaran de él (Mt 11,6; Lc 7,23) (Brändle, 1983, p. 208).

Si las bienaventuranzas son don y empeño al mismo tiempo, de nosotros depende en gran parte que la experiencia de Jesús resucitado sea causa de felicidad para nosotros y para nuestros pueblos.



Se nota claramente la importancia de vivir en el espíritu de las otras bienaventuranzas para acoger el Evangelio y la propuesta de la Iglesia. Es aquí donde cabe recordar que el Documento de Aparecida nos invita a tener en cuenta que:

nuestra alegría, pues, se basa en el amor del Padre, en la participación en el misterio pascual de Jesucristo quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda. Esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero. El amor del Padre nos ha sido revelado en Cristo que nos ha invitado a entrar en su reino... Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo¹⁰⁵.

Vivir en el espíritu de las bienaventuranzas ha sido un buen programa para responder al compromiso que debe tener el cristiano en la construcción de una sociedad distinta a como la quiere la voluntad egoísta del hombre. Trabajar por la justicia, la paz, la solidaridad es algo que solo podrá hacerlo real quien posea un corazón puro, manso y sencillo, y viva la fe con la pobreza de espíritu, lo cual tiene que desembocar en un verdadero compromiso de transformación social.

Pero es necesario completar la visión. No solo luchando por una sociedad igualitaria y justa, en la que se supere la indigencia de los muchos; ni con el compromisosocial en beneficio de los menos favorecidos; ni en la decidida labor en pro de la consecución de la paz... se cumple plenamente la tarea del cristiano. Todo esto tiene su fuerza, su fundamento y origen también en los postulados de las otras bienaventuranzas. Pues, la base de todo discipulado, además de la llamada que hace el Maestro, está en reconocer a Jesús y aceptarlo como el Mesías de Dios, no escandalizarnos por Él, seguir su ejemplo y enseñanza, dejarse penetrar por la fuerza transformadora de la palabra de Dios en la escucha y la práctica, servir a los demás desinteresadamente según Él lo hizo. En fin, la acogida y vivencia de estas bienaventuranzas nos sitúan en el camino que nos conduce hacia un discipulado que, fundado en el encuentro íntimo y personal con Jesús, desemboca en un compromiso con el otro, porque hermano, y apunta definitivamente a una recompensa que, además de la satisfacción terrena de vivir estos valores del Reino, se tiene reservada en la eternidad.

Me atrevo a decir que quien viva en el espíritu de las otras bienaventuranzas de los evangelios, estará dispuesto y fortalecido para asumir y vivir en el espíritu de las bienaventuranzas del sermón del monte y de la llanura. Dicho de otra manera, las otras bienaventuranzas de los evangelios son la fuerza espiritual y el fundamento para el compromiso social con los hermanos. Si no vivimos las

105 DA nn. 17.18.

otras bienaventuranzas evangélicas, difícilmente podremos comprender, acoger y asumir las bienaventuranzas tradicionales de Mateo y Lucas. Es decir, que las otras bienaventuranzas evangélicas son el fundamento, la base y requisito para la comprensión y vivencia de las bienaventuranzas de los sermones tradicionales.

Las bienaventuranzas son fuente de felicidad para la humanidad porque quien las vive se une a Jesús, a su cruz y a su proyecto evangélico, lo que transforma la existencia personal en una existencia bienaventurada, por eso bienaventurados quienes se unen a la cruz de Cristo, bienaventurados quienes unen sus tribulaciones a la cruz del altar. Quien se una a la cruz de Cristo, será bienaventurado. Esa es la Bienaventuranza que proclama Cristo desde la montaña, y consiste en unirse y participar de su cruz (<http://adoracioneucaristicaperpetua.blogspot.com/2012/07/la-nueva-bienaventuranza-de-la-iglesia.html>).

Para alcanzar esta unión con el proyecto salvador de Cristo se debe pasar por la acogida de las otras bienaventuranzas evangélicas, las cuales no son simples consejos, que se pueden aceptar o despreciar opcionalmente, sino que constituyen el presupuesto obligatorio y necesario para acoger todo el sermón del monte, pues, si no se acepta la identidad de Jesús como Mesías, como Hijo de Dios, según la profesión de fe de Simón Pedro, todo lo que Él enseñe, diga o haga no pasa de ser la enseñanza, la palabra o el ejemplo de un buen hombre. Pero no, las otras bienaventuranzas llevan a reconocer que finalmente el mundo puede contemplar, inclusive tocar, y más aún, comer, lo que en la antigua economía de la salvación fue un anhelo, una promesa y una prefiguración.

Sin ser excluyentes ni categóricos, pues no hay fundamento para hacerlo, sí se puede afirmar que al visibilizar las otras bienaventuranzas de los evangelios, al unirlas en un posible e hipotético sermón, como se ha intentado hacer, y al analizar su mensaje y enseñanza, se puede contribuir a hacer caer en la cuenta de que el fundamento para cualquier compromiso social por los hermanos está en una sólida y profunda vida espiritual; que al reconocer a Jesús como el Mesías, al creer en sus palabras, al seguir sus instrucciones y vivir según su ejemplo, se alcanza la verdadera bienaventuranza. “El modo de ser y de actuar de Dios hade ser el programa para todos... Construir la vida tal como la quiere Dios solo es posible si se hace del amor... un imperativo absoluto” (Pagola, 2008, p. 255). A eso nos invitan las otras bienaventuranzas, a vivir la gratuidad en el amor, porque así lo hizo Aquel a quien esperamos poseer.

En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su



cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida¹⁰⁶.

No podría dejar de mencionar una bienaventuranza proclamada por la Iglesia: “Felices los invitados a la cena del Señor”¹⁰⁷, pues es en este banquete donde se cumplen todas las demás bienaventuranzas, porque los que comen del Pan Eucarístico son pobres de espíritu, a quienes no sacian los alimentos del mundo, vacíos de sabor y con gusto a cenizas; los que comen el Pan del Altar tienen hambre, no tanto del cuerpo, sino del Espíritu, y son saciados abundantemente con este Pan del cielo, con el verdadero maná enviado por el Padre; los que participan del altar, lloran junto a Jesús y María por la salvación del mundo y por las almas, porque el sacrificio del altar es la representación y la actualización sacramental del sacrificio en cruz de Jesús; los que comen del Pan de Vida eterna son odiados por los ángeles caídos, quienes se consumen en odio eterno y envidian el Amor que ingresa en las almas de los justos con este pan, y son odiados por los hombres malvados, contaminados por el ángel caído, y a la vez, son amados por Dios, porque Dios Padre ve en ellos la viva imagen de su Hijo y a su Hijo en Persona, y por eso no puede no dejar de amarlos con todo el amor de su Corazón de Padre, el Espíritu Santo.

“Felices los invitados al banquete celestial”, dice la Iglesia, proclamando desde el Nuevo Monte de las Bienaventuranzas, una nueva bienaventuranza, la bienaventuranza de los hijos de la Iglesia, la bienaventuranza que resume y concentra en sí misma todas las bienaventuranzas, porque no puede haber felicidad más grande que recibir sacramentalmente al Hijo de Dios en Persona, unirse a su cuerpo resucitado por el Espíritu, recibir su sangre, que empieza a circular con nuestra sangre, y con su sangre, la vida eterna que brota del ser divino de la Persona del Hijo de Dios.

“Felices los invitados al banquete celestial”. Si a partir de Jesús la felicidad radica en la unión a Cristo crucificado, a partir de la Iglesia, la felicidad radica en la unión a Cristo sacramentado, crucificado y resucitado en la Eucaristía (<http://adoracioneucaristicaperpetua.blogspot.com/2012/07/la-nueva-bienaventuranza-de-la-iglesia.html>).

Ahora bien, el ser humano no se cansa de buscar su propia realización; tiene sed permanente de ser feliz, quiere alcanzar la felicidad a toda costa; pero el precio que paga para ser feliz es demasiado alto y con frecuencia los esfuerzos son infecundos y lo deja en la insatisfacción, pues la felicidad es algo de lo que

106 DA n. 139

107 Cf. Misal Romano, Ostentación eucarística en el rito de comunión.

adolecemos siempre y que no alcanzamos plenamente; de hecho se suele decir, “no hay felicidad completa”. Eso es cierto, si queremos una felicidad meramente humana y si nuestra búsqueda se basa en nuestros mezquinos intereses. Por eso el lenguaje de las bienaventuranzas será siempre nuevo, provocador, paradójico y desconcertante, pero a la vez consolador porque “la promesa que encierran nos atrae, pues ofrecen una respuesta a esa sed que hay en lo más hondo de nuestro ser” (Pagola, 2012, p. 100).

Por tanto, en medio de nuestras angustias y sufrimientos, de tanto caos y crisis de fraternidad, de tantas violencias e injusticias, ante la insatisfacción humana y la sed de felicidad, hay una salida: el evangelio sigue siendo una invitación a ser felices; en la Buena Nueva de Jesús tenemos la opción fundamental y la oportunidad para encontrar la felicidad verdadera, la que nada ni nadie nos puede quitar porque es un gozo, una bienaventuranza conseguida “no de cualquier manera”, sino por las vías que nos ha mostrado el Maestro de Nazareth, el Hijo de Dios. El modo de alcanzar esta felicidad está en acoger los valores del evangelio; es un camino totalmente distinto al camino que nos ofrece el mundo, por eso la felicidad que nos dará el vivir en el espíritu de las bienaventuranzas será una bienaventuranza que el mundo no nos podrá arrebatarnos.

Con la Iglesia en Aparecida somos conscientes de que nuestra misión para que nuestros pueblos en El tengan vida, manifiesta nuestra convicción de que en el Dios vivo revelado en Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana. Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado. Lo hacemos con la conciencia de que esa dignidad alcanzará su plenitud cuando Dios sea todo en todos¹⁰⁸.

No será nunca un hecho cumplido en esta historia, sino que siempre estamos construyendo, es un empeño permanente, pero con la seguridad de alcanzar aquello que se busca. Por esto nos llenamos de esperanza y hacemos nuestras las palabras del papa Benedicto XVI: “Repetimos con certeza: ¡En la Iglesia Católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo! ¡Quien acepta a Cristo: Camino, Verdad y Vida, en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida!”¹⁰⁹

Finalmente, es necesario subrayar de nuevo la importancia del tema de las bienaventuranzas en relación con la Virgen Madre: ella es la Bienaventurada porque creyó. A ella recurre la Iglesia para que interceda ante el Padre del cielo a fin de que derrame su Espíritu sobre los discípulos de su Hijo, para que, viviendo en el espíritu de las otras bienaventuranzas, siembren los valores del evangelio y hagan actuar y

108 DA 389.

109 DA 246.



crecer el Reino de Dios, siendo para el mundo factor de transformación social, de tal manera que sean dignos y merecedores de ser invitados a participar de la mesa del eterno gozo, en el banquete celestial, junto con todos los bienaventurados.

Con la mirada puesta en María, la siempre bienaventurada, proclamamos que solo en el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias¹¹⁰ de angustias y de crisis que llevan al ser humano a divagar en el sin sentido de la existencia. Pero nosotros, los creyentes, los bienaventurados de hoy y del futuro eterno, no desesperamos, pues de la mano de María y de tantos verdaderos testigos de la fe, y con la intercesión de ellos, seguimos avanzando en la construcción del reino de Dios, viviendo y proclamando que Cristo “es el fundamento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización, y de ahí su unidad. Él revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma, capacitando al hombre y a la mujer para vivir de manera divina; es decir, para pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida¹¹¹.

Como punto final, y de inicio, recordemos que “la gloria de Dios es la persona humana viviendo en plenitud” (San Ireneo de Lyon).

110 DA 139.

111 DA 335.